

Cómo funcionaban los oráculos sagrados

Paseando, como turista, por los museos de Italia, se pueden sorprender con frecuencia las trampas de las antiguas religiones, trampas que parecían a nuestros inocentes antepasados manifestaciones misteriosas del poder divino.

Véase, por ejemplo, la estatua de Hércules que se halla en la Rotonda del Museo Vaticano. Es de bronce dorado, del III ó IV siglo de nuestra era y fue hallada en 1864, excavando los cimientos de un palacio en Roma, cerca del lugar en que se alzaba el Circo Flaminio.

Hércules era el protector de los circos y de los gimnasios; y dentro de estos ó en su vecindad se erigía siempre un templo en su honor. Los que tomaban parte en los juegos dejaban de hacerle preventivamente alguna ofrenda, acompañada de plegarias invocando su auxilio. A veces, cuando el donativo era grande, se iba más allá; pues el luchador preguntaba al oráculo: "¿Seré yo el vencedor hoy?" Y el numen respondía. Sus respuestas solían ser muy ambiguas y se prestaban a las más opuestas interpretaciones; pero el jugadore tenía por buena la que más le satisfechaba.

No era el numen menos condescendiente respecto del público. Los espectadores en aquel tiempo hacían apuestas, como hoy, sobre luchadores y gimnastas, y para mayor garantía de acierto, consultaban al oráculo, que les respondía, naturalmente, con la acostumbrada frase equivoca ó indeterminada.

Para estas pequeñeces, Hércules no tenía realmente la necesidad de interrumpir sus ocios celestiales del Olimpo; sus sacerdotes le evitaban ese molestia. Y así, a través de un agujero de 28 cm. de diámetro que se hallaba detrás de la colosal cabeza del numen, hacían bajar, a través del cuerpo de la estatua divina, a un niño habilmente instruido sobre los misterios de lo sobrenatural. Aquel niño, en nombre del dios, hablaba con frases de doble sentido, a los crédulos mortales.

Un día, después de haber desenterrado la estatua, se quiso escuchar alguna respuesta del numen. Pues, introduciendo un muchacho, por la abertura en cuestión, en el cuello del Hércules. Desde fuera se le hacían preguntas y el niño contestaba desde el interior. Su voz tenía, a través de las paredes metálicas de la estatua, resonancias extrañas y vibraciones misteriosas. Parecía llegar desde profundidades y lejanías fantásticas. Se comprende, pues, fácilmente cuán inmensa sería la sugerencia que las respuestas del oráculo ejer-



Estatua de Hércules. (Museo del Vaticano)

cerían sobre los creyentes.

Muchas estatuas afamadas por dar oráculos eran construidas de igual modo. Al fabricarlas, el artífice preparaba de un modo conveniente las cavidades, para formar algo así como cajas de resonancia; poniendo también especial cuidado en el espesor de la lámina metálica. En ciertas estatuas de oráculos el mecanismo presentaba más complicación; la voz llegaba de lejos por medio de tubos y tenía, al salir de los labios del dios ó de la diosa, la deseada entonación de profundidad y de misterio. En todo caso, la trampa estaba preparada con tal arte, que hasta la mirada más perspicaz no habría podido sorprenderla. Además, las estatuas que daban respuestas eran prudentemente colocadas a cierta distancia del público, casi adosadas al fondo del templo.

De igual modo que Hércules, Júpiter, Apolo, Diana, Juno, Venus, Marte, Esculapio, etc., toda la fantástica cohorte mitológica, se prestaba galantemente a predecir lo futuro. No todos los templos tenían oráculos; pero a los más famosos, llegaban a veces consultas de los poderes públicos y entonces se encargaba de contestar un

sacerdote bien al corriente de la política del dia. En algunos templos, las respuestas se daban por medio de tablitas que sacaba al azar un niño. No faltaban tampoco sacerdotisas, las pitonisas, por ejemplo, que vaticinaban lo futuro con el mismo desparpajo que nuestras adivinas de hoy.



Estatua de Diana para el oráculo. (Museo de Nápoles)

